
Después del infierno, ¿qué?

Algunas claves sobre experiencias postraumáticas

ALEJANDRO GARCÍA GARCÍA

Resumen

Desde la mirada de la experiencia clásica alemana, comentamos tres procesos de violencia social que traumatizaron a la gente que los vivió, y las estrategias de superación que debieron poner en marcha.

Palabras clave

Violencia – reconciliación – Colombia – Sudáfrica – Ruanda

Abstract

From the point of view of the classical German experience, we make comments on three processes of social violence that traumatize those who lived them through, and the strategies they had to activate in order to overcome them.

Key words

Violence – reconciliation – Colombia – South Africa – Rwanda



Recibido con pedido de publicación el 14/04/2005

Acceptado para su publicación el 15/05/2005

Versión definitiva recibida el 20/06/2005

Alejandro García García es profesor e investigador de la Universidad de Murcia, España

alexg@um.es

Convivir con Auschwitz

Posiblemente nadie refleje con tal fidelidad el aturdimiento postraumático como el payaso Schnier, ese personaje literario inventado por el profundo y compasivo Heinrich Böll (*Opiniones de un payaso*).

Es la Alemania de los años 1950s., un país de ciudadanos doloridos, no tanto por la pérdida de una guerra como por el choque emocional que supuso reconocer lo irreconocible. Günther Grass acaba de decirlo: “Alemania terminó vencida, y el primer gran golpe para nosotros fue asimilar lo que había ocurrido en los campos de concentración. El problema primordial, entonces, fue digerir aquello, intentar entenderlo.”¹ Porque, efectivamente, no les cabía la coartada de la inocencia. Ellos, más que nadie, reconocían su propia complicidad, ninguno podía negarse a sí mismo su propia y activa participación (o aceptación pasiva en el mejor de los casos) en el brutal trauma que habían vivido. Quien lo supo después, en todo caso, fue el resto del mundo. Sólo así se explica la polémica generada en 1997 a raíz del libro del historiador americano Daniel Goldhagen *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el holocausto*, en el que escribe la biografía del batallón policial 101 de Hamburgo. Esta unidad, compuesta por 550 hombres, la mayoría reservistas, tuvo como misión el asesinato en masa de docenas de miles de civiles en los territorios ocupados de Polonia, países bálticos y Bielorrusia. La perplejidad surgió al constatar que este batallón de carniceros no estaba compuesto por fanáticos nazis, sino por gente corriente de Hamburgo, panaderos, tenderos, obreros, oficinistas. Eran reservistas, gente que por edad estaba excluida de la Wehrmacht. La mayoría de ellos residían en barrios obreros e incluso eran votantes habituales, antes de 1933, de los partidos de izquierda, SPD y KPD. Solo el 8% estaba afiliado al partido nazi y ninguno fue obligado a participar en los asesinatos en masa. La víspera de su primer “trabajo” se les dio incluso oportunidad, si alguien tenía escrúpulos morales, de no participar en la acción directa, pero sólo una decena renunciaron. Lo que nos viene a decir el libro de Goldhagen es que el enloquecido e inhumano régimen hitleriano, reforzado con la coartada de guerra total, convirtió a ciudadanos corrientes y a ejemplares padres de familia en verdugos activos, y moralmente anestesiados, del asesinato en masa.²

Muchos años antes, en 1947, el filólogo Victor Klemperer había publicado un fascinante libro (*LTI: la lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*) en el que además de narrar su inverosímil experiencia de sobreviviente judío en Alemania, describía el profundo proceso de transformaciones semióticas que se apoderó de ese país a partir de 1933. Proceso orientado a crear un nuevo código de signos (no sólo lingüísticos), para reinstalar en el corazón del pueblo alemán valores, conductas y expresiones que a pesar de su evi-

¹ *El País*, 27 de febrero de 2003.

² La Alemania de Hitler estaba atiborrada de fríos criminales de guerra que en lo privado eran “amantísimos y tiernos padres de familia”. Ver si no las Memorias del comandante de Auschwitz, Rudolph Hoss o los relatos de Tom Lampert en *Una sola vida. Ocho historias de guerra*, Destino, Barcelona, 2004, entre los cuales sobresale la historia del oficial S.S. Erich B., que a pesar de su voluntad, debió abandonar las ejecuciones masivas en Bielorrusia aquejado de fuertes dolores hemorroidales.

dente anti-naturalidad, de su inhumana frialdad, fueran asimilados como expresión de una nueva y excitante normalidad (desproveerlos de su alma y transplantarles un lenguaje nuevo, un lenguaje esquemático, maniqueo y atrabiliario).

Tras el apocalíptico y wagneriano final de la experiencia nazi en el Berlín de 1945, recomponer los tejidos desgarrados (personales y colectivos), volver a insuflar el sentido de la vida, requirió para los alemanes enfrentarse a su propio demonio (trauma), verlo de frente, reconocerlo y asumirlo. Fue necesario que gentes como Heinrich Böll, Günter Grass, Peter Handke, R. M. Fassbinder y tantos más ofrecieran con su arte un espejo en el que se identificaran.

Alemania es hoy, acaso, el ejemplo más exitoso de recuperación postraumática, la sociedad que más inclusivamente ha resuelto el vínculo con su enloquecido pasado y que con elocuencia universal ilustra sobre la capacidad de superar los traumas. Pero con una condición: no bajar la guardia. Así se infiere de las palabras del canciller Schröder en la conmemoración del 60º aniversario de la liberación de Auschwitz:

“Aunque la inmensa mayoría de los alemanes que viven hoy día no tienen ninguna culpa del holocausto, arrastran una responsabilidad especial. El recuerdo de las víctimas del nazismo forma parte de la identidad nacional alemana. La tentación de olvidar y reprimir los recuerdos es grande, pero no sucumbiremos a ella. Alemania no debe olvidar la crueldad y el dolor inflingidos a millones de personas. El recuerdo del nacionalsocialismo y de sus crímenes es una obligación moral. No sólo se lo debemos a las víctimas, a los supervivientes y a sus familiares, sino también a nosotros mismos.”

Un boceto colombiano (o sobre la banalidad del mal)

Si a Alemania le bastaron seis enloquecidos años para liberar su inmensa capacidad destructiva, no conozco en el hemisferio occidental otro país que, como Colombia, haya vivido durante tanto tiempo bajo una situación tan autodestructiva de violencia civil. Desde 1948 (prescindamos de las más de 20 guerras y guerritas del siglo XIX coronadas por la Guerra de los Mil Días) han sido más de 50 años de violencias espasmódicas que probablemente han dejado medio millón de muertos. En ocasiones se trató de una guerra abierta, como la de 1948 a 1958 (conocida como La Violencia), que costó 250 mil vidas,³ otras veces han sido conflictos más selectivos pero igualmente letales. Si tradicionalmente la violencia estuvo asociada al ancestral enfrentamiento entre liberales y conservadores (cuyo enunciado partidista camuflaba una disputa más estructural por el control de las tierras, de la riqueza, del poder en suma), en el último tercio del siglo XX se produjo un cambio

³ Un antecedente de las actuales comisiones de la verdad sobre crímenes y violación de derechos humanos sería el informe que sobre La Violencia presentaron Fals Borda, Umaña Luna y Guzmán Campos en 1963 titulado *La violencia en Colombia*.

sustancial, tanto en la naturaleza del conflicto como en los actores que intervenían. En 1958 las cúpulas políticas liberales y conservadoras, con un país devastado y temerosas de su propia supervivencia física, sellaron una alianza para repartirse el poder y poner fin a la Violencia, el Frente Nacional. Pero en este nuevo orden diseñado desde Bogotá, quedaban, en la práctica, excluidos millones de campesinos que lo habían perdido todo, que debieron emigrar a otras tierras sin protección alguna y abandonados a su suerte.

Entonces aparecía en escena un nuevo actor, la guerrilla FARC. Nacidas en 1966, las FARC eran en sus orígenes un brazo armado que brindaba protección y se nutría de una población campesina dejada a su destino. Aunque, con el tiempo, la guerrilla se convertiría también en la referencia armada de una izquierda civil y urbana, excluida del sistema y exterminada físicamente cuando decidió probar suerte en el juego político, como ocurrió con la experiencia de Unión Patriótica.⁴ En los años 1970s. emergía otro grupo, más o menos estructurado, que también pedía presencia y reconocimiento social: el narcotráfico. Era el más perturbador por lo impredecible de sus acciones, e irrumpió en la contienda con una agresividad extrema para hacer valer sus derechos y encontrar un lugar en cuanto clase económica emergente a la que se criminalizaba y excluía del concierto nacional. Pero esto no era todo, aún quedaba lo peor: a principios de los años 1980s., con una guerrilla fuerte y diseminada por todo el país, el Ejército nacional –desbordado e incapaz de recuperar territorios– apostó por privatizar la guerra, es decir, estimular la creación de ejércitos de autodefensa privada que, fuera de toda convención, llevaran a los campos una guerra de verdadero exterminio contra las guerrillas y la población civil que las apoyaba.

En 1987 el Magdalena Medio era, sin duda, la región con mayor número de asesinatos de toda Colombia. Aquí se libraba una feroz guerra de posiciones entre paramilitares y Ejército por un lado y guerrilla por otro. Se trata de una región selvática que a partir de los años 1970s. comenzó a ser ocupada por campesinos procedentes de todos los rincones de Colombia. Al llegar como colonos, debían tumar la selva hasta abrir espacios que les permitieran sembrar. Habían llegado huyendo de la violencia de sus regiones de origen y de la miseria ocasionada por la pérdida de tierras como consecuencia de las disputas liberal-conservadoras. El Magdalena era en esa época un territorio vacío sin presencia de Estado (cero sanidad, educación o administración pública) y por su carácter de confin era un lugar ideal donde emprender nueva vida o en su caso camuflarse (*refugium peccatorum*). Cuando en 1970 las FARC entraron por primera vez a la región lo hicieron con la consigna “Venimos a acompañarlos, a ponernos a su servicio en estas soledades”. Sustituyeron al Estado, pusieron orden en el acceso a la tierra, dieron seguridad ciudadana y prestaron servicios sociales. Se convirtieron en un verdadero ejército, en un “ejército del pueblo”. La gente común recuerda que aquellos “eran tiempos donde vivíamos felices, bien avenidos y en paz”. Pero esta “pax guerrillera” duró 7 años y comenzó a transformarse en infierno cuando desde el Estado se ordenó al Ejército recuperar el Magdalena y expulsar a la

⁴ En cuatro años (1986-90) fueron asesinados 1500 candidatos a concejales de la Unión Patriótica y sus dos candidatos presidenciales: Jaime Pardo Leal (1987) y Bernardo Jaramillo (1990).

FARC. Era lo mismo que había ocurrido 15 años antes en Marquetalia, cuando desde el Parlamento nacional se pidió al Ejército que acabara con una serie de comunidades de ex-perseguidos liberales que habían encontrado en las selvas del Tolima un rincón donde emprender una nueva vida. Los políticos de Bogotá comenzaron a llamarlas “repúblicas independientes” y, efectivamente, el Ejército las desalojó a fuerza de napalm en 1963. En el Magdalena, 15 años después, no hubo napalm, pero sí una presión asfixiante sobre la población civil cuyo corolario era un interminable conteo de asesinatos selectivos de personas a las que el Ejército consideraba amigas de la guerrilla. En este momento de gran presión sobre la población campesina, las relaciones sociales comenzaron a envenenarse. El Ejército mataba a amigos de la guerrilla, la guerrilla mataba a amigos del Ejército, se instaló el miedo y apareció la desconfianza, la delación y el silencio para sobrevivir, en suma, lo que los campesinos gráficamente llamaron Criminal Ley del Silencio.

Tras varios años de presión, el Ejército reconocía finalmente su incapacidad para controlar la selva y mucho menos ganarse a la población, y apostaba entonces por otra estrategia: implicar directamente a la población civil en el conflicto. Estimular la creación de grupos armados entrenados por el mismo Ejército y financiados por ganaderos y, sobre todo, por un narcotráfico que se estaba convirtiendo en terrateniente regional, es decir, traspasar a manos privadas la guerra por la recuperación de la región. Al apostar por el paramilitarismo, el Estado colombiano estaba llamando de nuevo, como tantas veces lo había hecho antes, al enfrentamiento civil entre la población rural puesto que, al igual que las FARC, el paramilitarismo se nutría invariablemente de campesinos. Era la eterna rueda de una guerra inacabable a la que periódica y sistemáticamente el poder convocaba. Una pedagogía con la que los poderosos habían educado durante siglos al pueblo llano de Colombia, hasta envilecerlo por la sangre. “O matas o te matan”, era el cuaderno de ruta que todo colombiano había aprendido al nacer.

Cuando irrumpieron los paramilitares saltaron todas las alarmas, su estrategia consistía en concentrar todo el terror sobre la población civil, tanto en asesinatos individuales como, preferiblemente, en masacres. Su máxima era “o te vienes con nosotros o eres hombre muerto”. Era una guerra por la ocupación de espacios que perseguía ganarse a la gente mediante el terror u obligarla a desalojar la región. Por su parte, este nuevo esquema de violencia comenzó a enloquecer a la guerrilla y a instalar la paranoia en las cabezas de sus comandantes locales (Frente XI y Frente XIII) induciendo a una enfermiza sospecha sobre la lealtad campesina. Las delaciones y ejecuciones sumarias se pusieron a la orden del día y las exigencias de sostén a la población civil acabaron siendo abusivas.

En este proceso de verdadero exterminio hubo un área especialmente castigada, la del río Carare, cuyo núcleo urbano era La India. A mitad de 1987 sus pobladores estimaban que en ocho años habían sido asesinadas 500 personas, sobre una población de 7 mil. “Pero los que seguíamos con vida estábamos más muertos que vivos, nadie sabía que sería de uno al día siguiente.” Lo peor para la gente era el clima emponzoñado en el que transcurrían sus vidas, la alegría se había marchitado, hablar era peligroso, las amistades también, negarse a un servicio de alguno de los bandos era suicida, pero brindárselo también

porque el contrario lo tendría en cuenta. La violencia se había instalado en sus vidas, pero lo peor de todo era que comenzaba a convertirse en un instrumento de gran eficacia para obtener beneficios privados y de paso corromper el alma de muchos ¿No dijo Brecht hace años que “la violencia ayuda donde la violencia impera”?

Quizá las siguientes dos historias basten para intuir un cuadro de situación: Luis Eduardo Ramírez, “el Zarco” como lo conocían, era más que un amigo para las FARC, era un hombre de su íntima confianza, les reclutaba gente, organizaba suministros y su palabra era ley en la guerrilla. Pero en algún momento se dejó corromper por el poder que detentaba. Como ganadero en ascenso que era, iba aumentando la contrata de trabajadores. En octubre de 1981, denunció a la guerrilla que cinco de sus peones eran informantes del Ejército; él mismo fabricó las pruebas. Las FARC, sin más dilaciones, los ejecutaron en la misma finca. Días después se comenzó a saber que el Zarco los había hecho matar para ahorrarse los seis meses de salarios que les debía. A la semana, la guerrilla descubrió la patraña y fue en busca del Zarco para ajustar cuentas, pero había huido horas antes. Para salvar su vida se había pasado al enemigo, al comando paramilitar de Puerto Boyacá, llevándose consigo una valiosa información que comprometía a cientos de personas. Desde ese día sus antiguos vecinos y conocidos se convertirían en objetivos a eliminar.

Otros se servían de su amistad con los armados para decidir sobre la vida y la muerte de los demás, cual jueces en la sombra.

“La guerrilla dio demasiado poder a algunas personas, civiles, confiando en ellas para que decidieran quienes eran los ‘indeseables’, a quienes había que suprimir. Ese poder las hacía sentirse superiores. Si alguien quiere hacer matar a una persona, simplemente le decía a la guerrilla ‘fulano es un sapo, es un informante del ejército, o es un tipo perjudicial’, y se acabó. Es un poder arbitrario e injusto. Aunque ese tipo de personas era una minoría, aquí hubo bastante gente que tuvo ese alcance. En una ocasión la guerrilla nos llamó a tres hombres de su confianza, uno de ellos era mi compadre, para decidir si se mataba o no a una persona. Se trataba de un tipo que había matado a su mujer en un arranque de celos cuando la encontró en la cama con otro. No se si eso merece la muerte o no, a lo que me refiero es a la ligereza con que se tomaban decisiones. De los tres hombres que allí acudimos, dos estaban de acuerdo con ejecutarlo. Mi compadre soltó: ‘a ese hijueputa tenían que haberlo matado ya.’ Al acusado no lo conocíamos, era de la parte alta del río, no sabíamos qué tipo de persona era, simplemente que en un ataque de locura había acabado con su esposa. ¿Qué interés podía entonces tener mi compadre para hacerlo asesinar? Interés, ninguno, era la rutina, la costumbre de hacer matar a la gente en esa forma, sin más trámite. No le importaba si era buena o mala persona o las circunstancias de lo que había hecho. Yo no estuve de acuerdo con matar a ese hombre así nomás y bregué para convencer al comandante

Abelardo de que se hicieran más indagaciones y de momento le respetaran la vida. Así quedó la cosa. Pero ¿qué pasa? que en el futuro ya no me llamarían. Si se presentaba el caso y estaban dispuestos a matar a alguien, ya no me iban a convocar porque conocían que yo no estaba de acuerdo.”⁵

El “Zarco”, el “compadre” y gentes que como ellos eran miembros activos y sostenedores de la violencia, probablemente estaban demasiado ocupados en sobrevivir matando como para proponer una reflexión ética. Simplemente actuaban con automatismo según el *pathos* de “la ley de la selva”. Pero para la mayoría campesina era infinitamente mayor el sufrimiento encajado por la violencia que la rentabilidad que les podía generar. Jorge Suárez, campesino de la región, lo expresaba con elocuencia:

“El problema estaba en nosotros, en el interior de las personas. Nuestro problema se generó hace bastantes años y llegó un momento en que nos tocó concienciarnos y acabar con esa mala vida que nosotros mismos habíamos engendrado de violencia. Habíamos adquirido vicios de los que éramos los auténticos responsables por haber permitido que entre nosotros se hubiera generado ese horror. Cuando nos dimos cuenta de cómo andaban las cosas, ya los señores de las armas, guerrilleros y paramilitares conocían nuestras debilidades y por tanto pensaban que podían hacer con nosotros lo que les daba la gana. Por eso es en nuestro interior donde comenzamos a desarrollar la batalla final para desterrar por siempre la violencia.”

Era una enfermedad que también comenzaba a corroer a algunos guerrilleros que, en silencio, se sentían a sí mismos, cada vez más, muertos moralmente. Juan Roy, del Frente XI de la FARC, se sinceraba con este observador: “Más que el peligro que pudiéramos correr en los combates, lo que nos estaba hiriendo moralmente eran las órdenes que teníamos que cumplir, como el caso de ejecutar a una persona sabiendo que no había averiguaciones que la culparan con certeza”.

Una ética de la reconciliación

Pero fue en este infierno, y justo en el momento de más asfixia, cuando algo empezó a cambiar. Todo se inició el domingo 17 de mayo de 1987. Como todos los domingos, era día de mercado y, desde las selvas, miles de colonos habían acudido a la India. A mediodía, cuando la multitud era más numerosa, se presentó en el pueblo una compañía del Ejército acompañada de varias docenas de civiles armados (paramilitares). Reunieron a la gente

⁵ Testimonio de Manuel Serna. Sobre los testimonios que provienen de trabajo de campo: los de los colonos del Carare fueron recogidos a lo largo de varios años; el de Manuel Serna (citado en esta nota y en la 11), durante septiembre de 1999. Los de Piñeros (notas 7 y 9) en agosto de 1995 y los que se refieren a Josué Vargas (nota 10) durante septiembre de 1995.

y el oficial al mando les largó el habitual discurso amenazante, aunque esta vez con un ultimátum, exigiendo a los reunidos que tomaran las armas que les traían. Les dio una semana para que decidieran: “O aceptan nuestras armas, o abandonan la región o se mueren ¿Algún comentario?”, concluyó el oficial.

Desde el público, alguien dio un paso adelante y se dispuso a hablar. Era Josué Vargas, un hombre de 40 años muy conocido en el río, que tenía fama de rebelde y había tenido roces continuos con los armados (la guerrilla lo consideraba un discoloro y el Ejército un mal ejemplo), pero todos lo juzgaban honesto y transparente. Paradójicamente, esa franqueza que tantos problemas le había causado (en un mundo donde todos callaban) le permitió, quizás, seguir con vida. “Conociendo a Josué y lo directo que era en sus juicios, cuando tomó la palabra todos nos temimos lo peor” recuerda Manuel Serna.

“Señores militares, ustedes han venido a violentarnos. Nos están regalando 400 millones de pesos en armas, pagados por el estado y en cambio se nos crean problemas para darnos créditos. Para la guerra hay todos los recursos disponibles pero para la paz hay que pelear cada peso. Vea, capitán, ¿cuánta gente armada hay en Colombia? Haciendo un cálculo por lo bajo tenemos que hay unos 100.000 militares, otros tantos policías, quizá 20.000 guerrilleros, paramilitares, autodefensas, sicarios y mafias ni se sabe. Y ¿me quieren decir ustedes de qué ha servido todo eso, qué han arreglado? Nada se ha solucionado, mejor dicho, en Colombia hay más violencia que nunca. Nosotros hemos llegado a la conclusión de que no tiene objeto que nos armemos nosotros también.⁶ Lo que necesitamos son créditos, herramientas y tractores para mover la tierra. Usted, como miembro del ejército nacional, en vez de incitarnos a que nos matemos los campesinos entre nosotros tendría que cumplir con lo que está escrito en la Constitución, que es defender al pueblo colombiano. Y con respecto a estos campesinos armados que usted nos trae como ejemplo, aquí todos los conocemos, han sido violentos antes y lo son ahora. Puede usted llevarse a estos señores amigos suyos, no nos interesan. No tenemos intención de irnos con ustedes ni con la guerrilla. Nosotros tenemos que buscar nuestra propia solución.”

Josué habría sido hombre muerto si la masa presente no hubiera respondido, sin pensarlo, con un aplauso cerrado. Eso salvó a Josué pero los comprometió a todos. “En ese momento comprendimos que o nos decidíamos ya a dar el paso de sacar a la luz pública una organización que luchara por la paz, o estábamos acabados, la India la arrasaban”.⁷ A

⁶ “La violencia crea mas problemas de los que resuelve, y por tanto nunca conduce a la paz”, palabras de Martín Luther King.

⁷ Testimonio de Hector Piñeros, “El Llanero”.

los pocos días, un grupo de campesinos decidió fundar una asociación civil con la que garantizarse personería jurídica y a través de la cual expresar que se consideraban en resistencia civil al conflicto; la bautizaron como Asociación de Trabajadores Campesinos del Carare (ATCC).

La consigna bajo la que comenzaron a firmar sus circulares (“Morir antes que matar”, o “No nos declaramos enemigos de nadie”) iba a ser inevitablemente incomprendida en un escenario tan polarizado. Ni Ejército, ni guerrilla, ni paramilitares estaban programados para encajar una excepción. “Si no son amigos son enemigos”, según el maniqueísmo de la guerra. Por tanto, la posibilidad de sobrevivir sin alinearse dependería de su capacidad para oír a los armados pero también para convencerlos sobre la índole de su neutralismo. Sería, pues, en el frente de la palabra, en el diálogo, donde Josué y los demás deberían jugarse la vida. Darse a entender y entender a los demás, o como expresaron en una consigna “confuciana” con la que comenzaron a moverse por la región: “Entender a los que no nos entienden”. En un conflicto centenario como éste donde, a fuerza de rutina, nunca hubo adversarios sino enemigos, con la brutal devaluación de la vida que supone, buscar espacios de consenso podía sonar a chino, pero operados a escala regional creaban un escenario inédito.

Las FARC, por principio, los trataron de ilusos (“en esta tierra hay que definirse”), y sospecharon que la ATCC era una jugada de sus enemigos. “¿Por qué si siempre hemos sido amigos ahora nos abandonan?” les preguntaba el comandante Vidal a un grupo de gentes que habían ido a exponerle su decisión. Y a uno de ellos, a Manuel Serna, viejo amigo le decía: “Y usted Manuel que siempre ha sido tan amigo nuestro ¿cómo se le ocurre ahora declararse contrario?”. Manuel esprintó: “No compañero, en ningún momento me puedo yo declarar contrario de ustedes. Lo que pasa es que yo ahora soy un tipo más constituido que antes, ahora tengo más experiencia y más conocimiento y nunca, en ninguna forma, he dejado de ser quien soy. Lo que pasa es que en la forma que ustedes van yo ya no les puedo acompañar, pero nunca seré enemigo de ustedes”.

Si el idealismo de la ATCC les resultó, en un principio, risible a los bandos armados, comenzó a convertirseles en un problema cuando la masa campesina, obedeciendo a un instinto gregario de “tensión grupal”, acudía compacta a las asambleas internas o se desplazaba en multitud, tanto ante los comandantes guerrilleros como ante los cuarteles, para reafirmar sus posiciones (“como íbamos miles no se atrevían a matarnos, eso habría sido una bomba en el mundo”). La sorpresa ante la acción colectiva, que rompía por su rapidez el automatismo del conflicto, congeló durante semanas una respuesta articulada para la que no había precedentes. Fue un tiempo de oro que los campesinos del Carare y la ATCC aprovecharon para recorrer diversas oficinas y despachos de Bogotá, viajar a los municipios vecinos para crear redes de amigos y, en general, darse a conocer. Salir de la invisibilidad a la luz.

Uno de los éxitos de la ATCC, y el escudo de salvación, fue su capacidad de movilizar a la totalidad de la gente del río. A sus asambleas públicas asistían miles de personas y a las reuniones con los comandantes guerrilleros o a las citaciones con el Ejército iban

igualmente miles. Se desplazaban en canoas, andando, en autobuses. Otra virtud que contribuyó a protegerlos fue la decisión de hablarlo todo en público, de ser transparentes en lo que hacían e informar de lo que dialogaban con unos y otros. En definitiva, de romper la Ley del Silencio. Una anécdota lo ilustra:

El 7 de enero de 1988, la ATCC ha invitado a una reunión en La India a políticos y periodistas para explicarles el alcance del proceso de paz. Momentos antes del comienzo una periodista de *Vanguardia Liberal* (diario de Bucaramanga) se acerca a Josué Vargas y en un aparte le susurra al oído “Ahora que no nos oye nadie ¿podría usted hacerme una relación de la violación de los derechos humanos en la región y de sus responsables?”. “Si señorita, con mucho gusto, pero como ahora vamos a comenzar, le prometo que después le comento”. La reunión duró dos horas, a cuyo final, después de agradecer la asistencia, Josué se dirigió al público: “Aquí, una periodista me ha preguntado si confidencialmente le puedo dar relación de las violaciones de derechos humanos aquí en la región. Sepa usted señorita periodista que desde que nos hemos organizado nos hemos acostumbrado a hablarlo todo en público. Fue lo primero que hicimos para acabar con la Criminal Ley del Silencio. Y sí, con mucho gusto le voy a contar lo que me ha pedido, pero aquí, ante todos”. Como era habitual, Josué no tuvo reparos en exponerlo.

Un relato pormenorizado de los hechos se ha contado ya en otro lugar;⁸ lo que se pretende aquí es reseñar el proceso de reflexión interna, aprendizaje y superación a través del cual miles de personas sintieron renacer sus vidas y con el que buscaron dejar atrás un pasado que consideraban, sin excepción, un infierno. La propuesta de los campesinos del Carare era en esencia una ética de la reconciliación, cuyo imperativo inicial surgía del rechazo a la violencia como solución de conflictos, la identificación de las legítimas diferencias y la búsqueda de una aproximación a través del diálogo. En el viciado contexto regional se trataba de una vía revolucionaria y notoriamente peligrosa porque desactivaba la justificación de la violencia al apostar por el diálogo y por no considerar a nadie enemigo, sino interlocutor.

“Nuestra vida anterior nos llevo a no tener a nadie como enemigo, sino como interlocutor; es decir, que aunque ha habido siempre personas y grupos que se han declarado enemigos de nosotros, nosotros nunca lo hemos considerado como tales, porque considerar a alguien como enemigo es cerrar todas las puertas para una posible solución de los conflictos que nos separan; declararse enemigo de alguien es no creer que el otro puede cambiar, que con el diálogo franco y cercano se pueden empezar a cambiar las relaciones y a buscar las soluciones adecuadas para que todos crezcamos. Nosotros pensamos que ésta es la mejor forma de hacer lo que tanto vivió y anunció Jesucristo: la

⁸ GARCÍA, Alejandro *Hijos de la Violencia. Campesinos de Colombia sobreviven a “golpes” de paz*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 1996.

comprensión del enemigo. Es que comprender las razones de los enemigos es precisamente no considerar al otro mi enemigo, sino como alguien con el cual pueda entablar una relación distinta y buscar nuevos rumbos para mejorar la vida; es reconocer en el otro la posibilidad de un cambio a partir de propuestas que le muestren otras perspectivas más humanas.”⁹

¿Y la extraña consigna de “Entender a quienes no nos entienden” que tanto perturbaba?

“Para nosotros hubo otra cosa que también marcó mucho la relación con los otros grupos y personas que pensaban distinto de nosotros y veían las cosas por otro lado: el querer entender siempre las razones de fondo que llevaban a estas personas a mirar la vida de otra forma distinta a la nuestra. Esto nos permitió no juzgar sino comprender; es decir que no formuláramos juicios definitivos que dejaran anulados a los que no pensarán y actuarán como nosotros, sino que tratáramos de descubrir, reconocer y comprender el por qué de lo que hacían. Lo más importante de esta actitud asumida por nosotros fue que nos permitió acercarnos siempre a todos los grupos y personas. De la misma manera, nosotros pudimos entender que los que nos agredían o se declaraban enemigos de nosotros, lo hacían porque ‘no sabían lo que hacían’. Con esta actitud pudimos asumir todas las dificultades con la libertad de no ir a dejar a un lado a nadie, sino de integrarlo a lo que queríamos para la región.”¹⁰

Con la renuncia a juzgar se borraba la ecuación maniquea amigo-enemigo y se reconocía que, aunque todos eran culpables en la medida en que mataban, a fin de cuentas todos eran igualmente producto de una cultura aberrante en la que la muerte ajena llevaba siglos normalizada.

“Con todo eso, pudimos darnos cuenta de que la mayoría de esas personas que participaron en acciones violentas contra los campesinos creían que estaban haciendo lo mejor para arreglar la situación del país y de la región. A la hora de la verdad todos pensaban que lo que hacían era lo mejor, no se daban cuenta del mal tan grande que nos estaban haciendo. Cuando fundamos la ATCC caímos en la cuenta de que la mayor tragedia nacional es la buena conciencia con que muchos colombianos asesinan.”

⁹ Testimonio del Llanero.

¹⁰ Testimonio de Josué Vargas.

Superar la Ley del Silencio era también huir de las acusaciones directas, una peculiar ruptura con el pasado basada en un reconocimiento íntimo de la propia responsabilidad en la violencia.

“Nosotros desde que nos fundamos fue con el objetivo único de buscar una salida pero no un choque. ¿Para qué vamos a chocar?, y las denuncias son un choque, lo aprendimos muy bien en los años de la Criminal Ley del Silencio. De ahí, por ejemplo, en el caso de los militares hemos evitado esos choques; en el caso de la guerrilla también los hemos evitado. Quisiera agregar una cosa; nosotros pensamos en la Asociación que allí el deber de nosotros en caso de problemas no es acusar a nadie sino hacerle ver las cosas que pueden ser errores, pero sin ir a acusar a nadie ni a publicarlo. Entonces todo eso ha llevado entre nosotros es al diálogo, nunca ir a acusar a nadie ante alguien que lo castigue o lo fusile. Nosotros comprendimos que la mejor forma de solucionar los graves problemas de la región era el diálogo, la comunicación con las personas con las cuales queríamos salir adelante y con las que se oponían a ello. Realmente consideramos que no había otra salida porque esta era la forma más humana de hacerlo.”

Para los cristianos locales, tanto evangélicos como católicos, la filosofía de la ATCC fue vivida como un proceso de perdón. Don Simón Palacios, pastor adventista en la India, así lo interpretaba:

“En este proceso también pudimos comprender y sentir lo que significa y produce el perdón cristiano. Jesucristo siempre asumió el perdón como la propia responsabilidad por el otro, como la necesidad de cargar con las debilidades del otro para ayudarlo a cambiar, a ver otra perspectiva de vida. El perdón no implica entonces el olvidar las faltas del otro, sino comprometerse con el otro para que en el acercamiento a él lo fuera transformando. Esta manera de vivir el perdón fue la que asumimos y practicamos radicalmente. No se trataba simplemente de olvidar lo que los otros nos habían hecho, sino de acercarnos a ellos para proponerles una forma de vida nueva, para que se empezaran a comprometer en la construcción de una comunidad que viviera la paz y el desarrollo, para realizar formas de vida más acordes con lo que somos y queremos. Esta realidad del perdón que hemos asumido nos ha mostrado que es la mejor manera de seguir viviendo y que es la mejor inversión que podemos hacer para el futuro de nuestros hijos y del país.”

El padre Arbeláez, párroco de Cimitarra y visitador de la India, completa:

“Lo que estos campesinos están haciendo es una réplica de la manera como Dios siempre nos ha tratado a los hombres. Por más que nos hayamos alejado de Él, nunca nos ha dejado solos y siempre nos ha regalado su Palabra, su Fuerza, su Amor. El método que Dios ha utilizado siempre con el hombre es el de buscarle el lado para ver cómo le ayuda a cambiar, cómo le permite una vida mejor, y esto por medio de la comunicación. Como se puede ver claramente, ellos no hicieron sino lo que siempre ha venido haciendo Dios: buscar al otro no para rechazarlo, ni para destruirlo, sino para invitarlo amistosamente a que cambie su manera de actuar y de ver las cosas, y que por medio de un acuerdo dialogado se pueda buscar la mejor para todos.”

Esta singular ética de la reconciliación, aunque aparentemente natural y espontánea, era en realidad resultado de un intenso proceso de aprendizaje:

“No es que fuéramos sabios para hacer lo que hicimos, es que no nos quedó otra salida. Tampoco es que fuéramos personas extraordinarias de grandes alcances, sino que teníamos mucha experiencia por las violencias que todos habíamos vivido desde que éramos niños. Todos conocíamos bien la situación y sabíamos los grandes peligros a los que nos enfrentábamos, pero por conocer bien la región y distinguir desde antiguo a muchos de los que ahora mandaban en los armados, podíamos bregar para hacernos entender. Lo que yo quiero aclarar es que en el grupo de los iniciales cada uno cumplía su función, cada cual enriqueció a los demás en aquello que era fuerte. Josué por ejemplo dándonos fuerza a todos con su gran ánimo. El Llanero con sus grandes cualidades para el diálogo. Yo mismo porque, al haber sido grande amigo de ellos, conocía como nadie a las FARC y no me rechazarían la palabra. Don Simón Palacios porque como pastor religioso reconfortaba a los de menos espíritu. Salomón Blandón porque era un hombre sin dobleces y directo del que era difícil no confiar. Y así los demás.”¹¹

Cada día de sobrevivencia era un triunfo para la ATCC, una demostración de que era posible la vida sin armas. Y ello ocurría en una Colombia que vivía la etapa más cruda de sus violencias, con varias guerras cruzadas: paramilitares, Ejército y guerrillas en el campo, sicarios y mafias en la ciudad, políticos de izquierda exterminados por poderes ocultos, narcos haciéndose la guerra y, por si fuera poco, Pablo Escobar enfrascado en una guerra a bombazos contra el Estado. En el Carare iban a cumplir dos años de paz y soñaban con grandes proyectos,¹² pero para los medios de información no existían. Éstos, hipnoti-

¹¹ Testimonio de Manuel Sema.

¹² En un memorable discurso el 29 de junio de 1989 Josué señalaba: “Somos un ejemplo para el pueblo colombiano y vamos a derrotar las secuelas de la violencia que aun quedan en nuestras mentes. Y vamos a

zados por la guerra que acontecía a sus puertas, bombardeaban al público con detalladas crónicas en rojo. Los diarios *El Tiempo* y *El Espectador*, la revista *Semana* o la televisora *Caracol* ganaban dinero a fuerza de titulares sangrientos y lo que hicieran unos civiles sin armas en un remoto lugar de Colombia no les interesó. Salvo alguna nota en *Vanguardia Liberal* de Santander y cierta referencia en *El Tiempo*, los cubrió un manto de silencio.

Tuvo que reaparecer la tragedia para ser, por fin, conocidos nacionalmente. En febrero de 1990 fue asesinado Josué Vargas junto a dos miembros de la ATCC y a la periodista Silvia Duzán, mientras cenaban en un restaurante de Cimitarra. Josué se había convertido en un hombre incómodo para los poderes locales, su pedagogía pacifista y el efecto demostración que transmitía su carisma lo convertían en un potente líder regional. Los autores materiales del crimen fueron cinco sicarios paramilitares, pero como la investigación demostró después, en la ejecución hubo un complejo apoyo logístico de policía local y militares de Cimitarra (Magdalena Medio). Para la gente del Carare, la muerte de Josué y los demás fue un duro golpe, pero les permitió seguir reafirmando en la estrategia de paz. Los medios informativos se lanzaron sobre la ATCC para que señalara culpables (era parte del negocio) pero en el Carare eludieron hacer acusaciones personales. Conocían a los autores materiales pero, ¿qué sentido tenía denunciarlos, sabiendo que la orden había venido “desde muy arriba”? Para protegerse debían evitar la espiral de venganzas, y las denuncias la alimentaban. Cuando el juez de instrucción repetidamente les preguntaba, respondían: “los ha matado la violencia y el odio”.

Paradójicamente, la repercusión que tuvo la muerte de Josué ayudó a la supervivencia de la ATCC. La experiencia del Carare comenzó a ser conocida internacionalmente y en diciembre de ese mismo año recibían desde Estocolmo la noticia de la concesión del “Nobel Alternativo de la Paz” (The Right Livelihood Award). Años después, obtendrían otro galardón internacional, el premio anual “We are a people” otorgado por Naciones Unidas (1995).

Al tiempo que la ATCC era visualizada internacionalmente, nuevas experiencias de resistencia civil surgieron en Colombia. Como en el Carare, eran iniciativas locales y aisladas, que nacían en escenarios de cruda violencia con el mismo estilo de conflicto: disputa territorial y población civil suministrando muertos. En 1994 fueron los gobernadores indígenas del Urabá quienes hicieron saber que la guerra estaba exterminando a sus pueblos (doblemente agredidos en tanto que campesinos y además indígenas) y que fundaban la Organización Indígena de Antioquia (OIA) para “Defender nuestros derechos, trabajando por el fortalecimiento de nuestras organizaciones al margen del conflicto armado. Estamos por una opción civil, democrática, pluralista y participativa que nos permita vivir, reír,

erradicarlas definitivamente mediante nuestra gran obra. Queremos hacer respetar nuestros derechos como seres pensantes, como mentes creativas y como grandes valores humanos para que no sean atropellados por cualquiera. ¿Por qué no queremos las armas? Porque no podemos seguir pensando en medir la capacidad humana, el valor humano, la capacidad creativa, en la boquilla de un fusil, en la punta de un proyectil, porque así era como se calibraba aquí y se medía el valor humano”.

soñar y amarnos. Queremos morirnos de viejos.” En 1997 la población de San José de Apartadó, en el Urabá, se declaró Comunidad de Paz¹³ y ese mismo año la ciudadanía del municipio de Mogotes (Santander), rehenes asimismo de la guerra entre paramilitares y ELN, resolvieron constituirse en Asamblea Municipal Constituyente. En 1999 el municipio de Tarso (Antioquia) se sumó a la iniciativa de Mogotes y abrieron una propuesta nacional conocida como Red de Municipios en Asamblea Constituyente (31 en la actualidad).

Teniendo en cuenta que el Gobierno colombiano siempre ha despreciado los diálogos regionales (el gobierno de Uribe apuesta por un recrudecimiento de la guerra que acabe militarmente con la insurgencia), y dada la degradación y ferocidad del conflicto colombiano, la sola existencia de las comunidades de paz es en sí misma un éxito y constituye la demostración de que es posible superar la barbarie. A pesar de las adversidades, las experiencias de resistencia civil pacífica han ido más allá de la mera neutralidad ante los actores armados. En general estas comunidades civiles ha sido capaces de formular propuestas de vida alternativas al modelo global del que partían, poniendo énfasis en procesos económicos de sello comunitario o en el despliegue de relaciones democráticas más horizontales y rubricadas por lo que declaman como “autogobierno”.

De resiliencias y otros temas africanos

En cierto modo, la manera como Alemania asumió su pasado tras 1945 o como los campesinos de Colombia reaccionaron a la violencia, son actitudes colectivas que, aplicadas al ámbito de la conducta individual, se reconocerían como procesos de resiliencia. La resiliencia concibe que los reveses traumáticos sufridos pueden servir finalmente de palancas de superación y mejora, siempre que haya un reconocimiento del trauma y se desee la superación. Boris Cyrulnik, neuropsiquiatra francés, especializado en niños con infancias traumáticas, ha escrito el libro de referencia sobre procesos de resiliencia: *Los Patitos Feos. Una infancia infeliz no determina la vida*.¹⁴ En él, Cyrulnik ofrece un desgraciado repertorio de infancias en el extremo, de niños que vivieron sus primeros años en condiciones traumáticas, con experiencias de infinito dolor: malos tratos generalizados, violencias psicológicas inconcebibles, aislamiento y exclusión social, etc. Cyrulnik, a través de una selección de varias docenas de historiales, recorre el proceso que llevó a unos niños predestinados a la marginalidad y a la delincuencia (al patíbulo en suma), a desplegarse a la vida, readaptándose, no ya a la “normalidad” de un vivir funcional, sino a existencias de notorio éxito en sus entornos, privados y públicos. Unos convirtiéndose en apreciados

¹³ Una noticia desde San José de Apartadó informa que el 19 de febrero del 2005, Luis Eduardo Guerra y otras siete personas han sido asesinadas. Guerra fue el redactor del reglamento interno de la Comunidad de Paz y sus vecinos acusan a los militares con sede en Carepa de ser los autores. Entre las víctimas, muertos a palos, hay tres niños cuyos cuerpos, igual que los demás, fueron descuartizados. *El Tiempo*, Bogotá, 28 de febrero de 2005.

¹⁴ CYRULNIK, Boris *Los patitos feos. Una infancia infeliz no determina la vida*, Gedisa, Barcelona, 2002.

escritores,¹⁵ otros en deportistas o profesionales de éxito, algunos inundando a los demás del amor y la compasión que ellos nunca habían tenido.¹⁶

La resiliencia sería, así, la capacidad que tiene el ser humano, o la comunidad, para afrontar las adversidades y salir incluso transformados. Algunos autores definen la resiliencia como la capacidad de respuesta inherente al ser humano, a través de la cual se generan reacciones adaptativas frente a situaciones de crisis o de riesgo. Esta capacidad deriva de la existencia de una reserva de recursos internos de ajuste y afrontamiento, ya sean innatos o adquiridos. De este modo, la resiliencia refuerza los factores protectores y reduce la vulnerabilidad frente a las situaciones riesgosas. Pero, sea innato o adquirido, el recurso adaptativo requiere de unas premisas no negociables. La primera es que sin culpabilidad no hay moralidad, la dotación de contenido histórico a la propia peripecia salva al niño de lo impensable ya que le confiere un pasado pensado. Pero también opera la convicción de que él es responsable de lo que le ha ocurrido, ya que es esa convicción la que permite a todo ser humano convertirse en sujeto de su destino, en autor de sus actos y no en un objeto zarandeado, golpeado por las circunstancias, sumiso.¹⁷ Pero sabemos que el combate heroico para superar el trauma se convierte, en sí mismo, en un mito fundador: el relato heroico produce un efecto defensivo, es decir, si no fabricaran un mito estos niños quedarían despersonalizados por el trauma.¹⁸ Finalmente, y lo más interesante desde el prisma social, los lisiados por el pasado pueden darnos lecciones, el hecho de haber sido heridos los vuelve sensibles a todas las heridas del mundo y los invita al lecho de todos los sufrientos.¹⁹

¿Qué se entiende por resiliencia? El arte de navegar en los torrentes; la negación del determinismo lineal; el reconocimiento de que la cicatriz nunca es segura; el que la fantasía constituye el recurso interno máspreciado; la convicción de que sin culpabilidad no hay moralidad; el amor y el perdón como ingredientes de la recuperación; el humor como mecanismo de readaptación a la vida.

¿Cómo encajar, a la luz de los procesos de resiliencia, la historia de la Sudáfrica post *apartheid*, por ejemplo?

Antes de que Mandela saliera de la cárcel de Roben Island, en 1990, concurrían todas las condiciones para que el país se ahogara en sangre, no había una injusticia mayor en el mundo. Por una parte, los blancos sudafricanos, los ciudadanos más mimados del planeta, administraban un trato brutal, o en su caso paternalista, a los negros, aunque por

¹⁵ Es el caso de Jean Genet, cuya infancia en orfanatos y adolescencia en las cárceles quedó registrada en su *Diario de un ladrón*, Madrid, 1994. Jean-Paul Sartre reflexionó sobre ello en *Saint Genet, comédien et martyr*, Gallimard, Paris, 1952.

¹⁶ Es el caso de Tim Guénard, cuyo libro de memorias *Más fuerte que el odio*, Gedisa, Barcelona, 2003, ha sido un fenómeno editorial en Europa.

¹⁷ CYRULNIK, Boris *Los patitos feos...*, cit., p. 146.

¹⁸ CYRULNIK, Boris *Los patitos feos...*, cit., p. 144.

¹⁹ CYRULNIK, Boris *Los patitos feos...*, cit., p. 33.

debajo de ello albergaran hacia los negros sentimientos de culpa y por tanto de miedo.²⁰ Por otra parte, 20 millones de seres humanos, rutinariamente tratados como fieras, encerrados en jaulas (*homelands*) y con acceso muy limitado a los servicios básicos de salud y educación. A los diseñadores del *apartheid* no se les escapó ningún detalle segregador, mucho menos en el terrero educativo. De los pecados del *apartheid*, el más terrible probablemente fue mantener dominados a los negros ofreciéndoles una educación deliberadamente inferior. ¿Qué trato esperaban recibir los blancos si algún día la mayoría negra tomaba el poder? Una mayoría a la que se habían dedicado a despojar de humanidad. Ese oscuro presentimiento también lo compartían, en privado, muchos de los dirigentes internacionales que solapadamente “comprendían” el temor de los blancos. Aparentemente el *apartheid* dejaba en herencia un profundo trauma psicológico, un orden profundamente antinatural sin una mínima urdimbre de base para construir la sociedad multirracial con la que muchos soñaban, especialmente el Congreso Nacional Africano (CNA).

El CNA, desde su misma fundación, apostó por una Sudáfrica en la que convivieran blancos y negros y Mandela, desde la cárcel, había mostrado una radical resistencia a buscar compensaciones por los crímenes del *apartheid*. Pero debido a la degradación de la que partía la población negra, se necesitaba un tratamiento de choque, había que reeducarla para sacarla del lodo ancestral en la que se había revolcado, para satisfacción de los blancos. Los negros, especialmente los varones, carecían de autoestima, tendían a sentirse permanentemente humillados y esto les hacía tener hacia los blancos sentimientos de inferioridad y por tanto de resentimiento. Con los años, la nueva Sudáfrica debió poner en marcha un gigantesco proceso de educación en el que a través de la televisión –principalmente por medio de noticieros, series televisivas y programas de entretenimiento– se fue convirtiendo a la Sudáfrica post-*apartheid* en un apasionante experimento de recuperación postraumática.

Si para los negros se trataba de un proceso de recuperación de dignidad y apaciguamiento del rencor, para los blancos era simplemente vencer el miedo. De Klerk debió convencer a su gente de que no había otra alternativa, tenían que vivir juntos y en paz. Diez años después los mayores temores de los *afrikaners* no se han cumplido, su lengua no sólo no está prohibida sino que se reconoce oficialmente (se utiliza en tribunales y parlamento) su religión (iglesia reformada holandesa) no ha sufrido persecución, sus propiedades han sido respetadas en lo esencial. En las elecciones de 1999, los partidos separatistas blancos –como el Frente para la Libertad *Afrikaner*– prácticamente desaparecieron.

Probablemente para entender la Sudáfrica post-*apartheid* no haya historia más elocuente que la narrada por Jonh Carlin sobre el encuentro del líder de la extrema derecha boer, von Maltitz, con Nelson Mandela, y después con Terror Lekota, otro destacado miembro del CNA: “La gente está agradablemente sorprendida y yo estoy orgulloso de Nelson

²⁰ El escritor sudafricano Ryan Malan (nieto del arquitecto del *apartheid*) ha sido, quizá, el mejor cronista de los miedos, vergüenzas y egoísmos que habitaron durante décadas a los blancos. *Mi corazón de traidor: un exiliado sudafricano regresa para enfrentarse a su país, su tribu y su conciencia*, Anagrama, Barcelona, 1992.

Mandela, no discrepo en absoluto de sus objetivos fundamentales. Solo espero que podamos ayudarlo” dice Eddy von Maltitz, jefe del grupo de extrema derecha RCC (Resistencia Contra el Comunismo).

Hace seis meses este hombre aseguraba que tenía 7 mil luchadores bien entrenados. Conspiraba para detonar 2 mil bombas en todo el país en la semana anterior a las elecciones del 27 de abril de 1994. “No pedimos la república boer, no pedimos nuestra patria, vamos a apropiarnos de ella” decía. Sin embargo, desde el espasmo preelectoral en el que estallaron tres bombas en Johannesburg con la muerte de 21 personas, la extrema derecha permanece callada.

El momento decisivo para Eddy ocurrió una noche, dos semanas después de las elecciones, cuando telefoneó a Radio 702 de Johannesburg para hablar con el invitado que tenían en el estudio, Nelson Mandela.

–Este país se verá inmerso en un baño de sangre si sigue paseándose con los matones comunistas, le advirtió von Maltitz.

–Eddy, le considero un sudafricano digno de respeto y no tengo ninguna duda de que si nos sentamos a intercambiar nuestros puntos de vista, yo me acercaré a los usted y usted a mí.

Eddy se sintió completamente desarmado.

–Vamos a hablar Eddy.

–De acuerdo, señor Mandela.

Al recordar la conversación, exclama:

“Tengo que decirle que nos caímos estupendamente”. Desde entonces, la conducta del presidente no ha hecho más que fortalecer su fe recién hallada. “Es la forma que ha tenido de extender la mano a los boers. Me cautivó, es un hombre honrado, tiene integridad y compasión. Es un hombre que ha hecho un gran sacrificio por su causa; lo contrario de De Klerk que no ha hecho un sacrificio jamás en su vida”.

A Eddy también le ha cautivado Terror Lekota, el primer ministro del Estado libre de Orange elegido gracias al 88% de votos que obtuvo el CNA.

“Terror me llamó varias veces para que fuera a su fiesta de cumpleaños en la gran mansión de Bloemfontein. Fue una decisión difícil, pero ya había convencido a la extrema derecha de que había que dar una oportunidad a esa gente. Fui y nos entendimos muy bien. Estoy orgulloso de Terror, se apoya verdaderamente en las raíces. El Partido Nacional nunca me invitó a esa mansión, nunca se ensuciaron las manos con las raíces”.

Lekota, además hizo algo que no había hecho ningún dirigente del Partido Nacional: le agradeció en persona la aportación que había hecho a la economía con su granja lechera. “Si hubiera que elegir claramente entre al CNA y el Partido Nacional, elegiría al CNA”.

–Mire: “no quiero ser deshonesto. Estaba equivocado. Esas personas decían que iban a nacionalizar, que iban a quitarnos la tierra. Antes de las elecciones esperábamos que hubiese saqueos masivos en las ciudades, una anarquía total, un desinterés absoluto. Por eso convoqué a los Perros de la Guerra. Ahora les he desmovilizado, me he jugado el cuello, así que me interesa que las cosas vayan bien. Quiero contribuir a evitar la violencia.”²¹

Mandela y el CNA apostaron por una de las estrategias más sabias y generosas que se han conocido en tiempos recientes: resolver un enorme problema de forma pacífica y extraordinariamente madura. Se han realizado dos grandes experimentos: ver si un pueblo pobre y oprimido puede emerger de la oscuridad a la luz, de la humillación a la dignidad y si dos razas históricamente enemistadas pueden vivir juntas, en paz y con respeto. El proceso sudafricano podría ser visto como un ejemplar proceso de resiliencia. Desde hacía años Mandela, desde prisión, enviaba señales a su gente para evitar venganzas y tender lazos. Esa fue la clave para dejar sin argumentos a una derecha egoísta que creía inevitable una guerra civil. Del mismo modo que para la población negra fue una pedagogía del perdón, la demostración de que para convivir bajo el mismo techo era indispensable reconocerse.

El corazón de las tinieblas

Pero si en Sudáfrica ocurría un milagro que seducía al mundo, no lejos de allí, mientras se celebraban las elecciones que hicieron presidente a Mandela (abril de 1994), en Ruanda un millón de personas comenzaron a ser descuartizadas a machete por sus vecinos, en un concienzudo y metódico proceso que duró doce semanas.²² Como es sabido, el genocidio se desató a raíz del atentado con misil contra el avión en que viajaban los presidentes de

²¹ CARLIN, John *Heroica tierra cruel*, Seix Barral, Barcelona, 2004, p. 193 y ss.

²² Según cifras del Gobierno ruandés (abril de 2004), en el genocidio murieron 937 mil personas, en su mayoría tutsis y hutus moderados. Su impacto provocó, además, el éxodo de 2 millones, que se refugiaron en el Congo, Tanzania, Burundi y Uganda y 1,5 millones abandonaron sus casas y se desplazaron por el interior del país. Un 70% de las víctimas del genocidio, según Cruz Roja, fueron mujeres, la mitad de las desplazadas sufrieron violaciones. Según cifras de UNICEF, 95 mil niños quedaron huérfanos. No obstante, según los datos de Cruz Roja, la cifra ha alcanzado los 400 mil, debido también al SIDA –con una alta prevalencia agravada debido a que menos de un 1% de la población tiene acceso a medicamentos. El 49% de los hogares está encabezado por menores de 15 años y el 34% está a cargo de mujeres viudas. Además, cerca de 300 mil personas, en un país cuya población asciende hoy a 8,2 millones, tiene algún tipo de discapacidad como consecuencia de los brutales ataques (Cruz Roja Española).

Ruanda (Juvénal Habyarimana) y Burundi (Cyprien Ntaryamira.), el 6 de abril de 2004. La gran matanza se venía preparando, desde hacía meses, de forma metódica, con el conocimiento de Naciones Unidas, de la Unión Europea y del gobierno norteamericano.²³ Todos sabían que se aproximaba una hecatombe, y Occidente facilitó el camino. El resumen de lo que se viviría esos meses lo resume el título que el periodista Phillip Gourevitch dio a su libro sobre Ruanda: *Queremos informarle de que mañana seremos asesinados junto a vuestras familias*.²⁴

Una particularidad del genocidio ruandés fue la abrumadora fisicidad de la muerte, espacialmente todos los rincones del país, sus 11 mil colinas, acabaron envueltas en el ejercicio de las matanzas y no hubo lugar que se librara. Ello llevó a que toda la población, sobre todo la rural, fuera testigo directo de la mortandad y por tanto actuara, en el mejor de los casos, como cómplice pasiva. El estilo de matar, a machetazos y descuartizando a las víctimas, exigió un número desproporcionado de verdugos, que diariamente trabajaron en un íntimo cuerpo a cuerpo con sus víctimas. No se trató de una incontrolada y fugaz explosión homicida, sino de un trabajo metódico, sistemático, concienzudo que duró 3 meses. Los escuadrones de verdugos locales se levantaban rutinariamente cada mañana para irse al “trabajo”, es decir buscar, cercar y “rajar” durante ocho o diez horas a las víctimas, hasta volver exhaustos por la noche a casa, devorar la cena que los esperaba, embriagarse de

²³ Fue una tragedia que Occidente conocía de antemano. Lo confirma la publicación, el 17 de junio de 2002, de 16 documentos secretos del Archivo Nacional de Seguridad (ANS) de Estados Unidos, como el famoso fax del genocidio que el general canadiense Romeo Dallaire envió el 11 de enero de 1994 –meses antes de que dieran comienzo las masacres– al entonces responsable de operaciones de paz de Naciones Unidas, un tal Kofi Annan. El documento recogía una conversación entre Dallaire y un informante del Gobierno hutu en la que éste le alertaba sobre la organización de grupos paramilitares –el interahamwe– entrenado para matar cada uno a “1.000 tutsis en 20 minutos”. “Están registrando a todos los tutsis de Kigali [...] sospecha que es para exterminarlos [...] si los [cascos azules] belgas recurren a la fuerza varios de ellos serán asesinados forzando su retirada [...] quieren provocar una guerra civil”. Una profecía que se cumplió a partir del 6 de abril de ese año. Dallaire solicitaba permiso para dismantelar los depósitos de armas hutus. Naciones Unidas se lo denegó. Nada más iniciarse la crisis, Estados Unidos se convirtió en el principal mentor de una retirada apresurada de los cascos azules. Pero los documentos del ANS prueban que Washington conocía perfectamente el alcance de la catástrofe. Así, un texto informativo redactado el 11 de abril de 1994 para Frank Wisner, número tres del Pentágono, anunciaba “cientos de miles de muertos [...] un baño de sangre que se extenderá a Burundi [...] millones huirán a Uganda, Tanzania y Zaire [...]”. El mismo texto, sin embargo, aclaraba que Estados Unidos no intervendría “hasta que se restablezca la paz”. Es más, un telegrama del Departamento de Estado estadounidense fechado el 15 de abril exhortaba a sus representantes en la ONU a solicitar “la completa retirada” de los soldados de Naciones Unidas de Ruanda “tan pronto como sea posible”. Según revela otro telegrama del 29 de abril hasta ahora secreto, la asistente del Departamento de Asuntos Africanos de Estados Unidos, Prudence Bushnell, llegó incluso a telefonar al coronel Theoneste Bagasora, coordinador oficial del genocidio, para expresarle la “preocupación” de su país por lo que acaecía en la pequeña nación africana. Bagasora fue después condenado a perpetuidad por el Tribunal Internacional de Arusha. Varios de los informes iban dirigidos a Warren Christopher, entonces secretario de Estado. Pero la política de Washington no cambió un ápice. Los textos demuestran que ni tan siquiera se atrevían a denominarlo “genocidio”. ESPINOSA, Javier *El Mundo*, 19 de junio de 2002.

²⁴ Edición española en *Destino*, 1998.

uruagua (vino de plátano fermentado) en la cantina y descansar del duro trabajo del día para estar dispuestos mañana.

En la población *tutsi* se internalizó el sentimiento de que no había escapatoria, de que en esta ocasión iban a morir todos, Dios los había abandonado y cualquier resistencia era absurda, lo único que esperaban era morir rápido, sin dolor, rezando porque la pericia del verdugo con el machete les ahorrara una lenta agonía. Frente a ellos, la mayoría *hutu* observaba su martirio en un estado de anestesia moral indolora. Testigos de la banalidad con que los *Interahamwe* y sus socios mataban a miles, esa mayoría vivía en un autismo complaciente y aceptaba como “normal” que sus vecinos, sus amigos o, incluso, familiares cercanos fueran asesinados. La aceptación cómplice era dulcificada por el propio interés (“algo nos caerá de los muertos, más tendremos a repartir”) y justificada porque la desaparición de los *tutsis* había sido concebida por los jefes políticos y era por tanto una “decisión de Estado”. Años después, uno de los cabecillas locales, Joseph Desiré Bitero, se justificaba: “Yo era profesor, estaba comprometido. Obedecí y maté. En un partido no decide cualquier jefe cualquier cosa. Yo era titulado en pedagogía, pero no era quién para pensar acerca de las consignas políticas de nuestros jefes. Lo único en lo que tenía que pensar yo, era en la forma de hacerlo.” En ésta metódica y rutinaria acción hay algo que nos recuerda el estilo funcional con que Adolf Eichmann describía en Jerusalén el trabajo prolijo, burocrático y objetivo con que los nazis, y él mismo, acometieron desde 1942 la solución final. No hay un gramo de perturbación moral en Eichmann (epítome del eficaz funcionario), sino al contrario una especie de narcótico bienestar amparado en el hecho de que si los altos funcionarios del Estado, sus superiores jerárquicos, no sólo no se oponían a una solución tan violenta y sangrienta sino que se aplicaban con pasión a ella, ¿quién era él, un funcionario medio, para albergar reparos de conciencia? “En aquel momento sentí algo parecido a lo que debió sentir Poncio Pilatos, ya que me sentí libre de toda culpa”, confesó Eichmann al tribunal que lo juzgaba.²⁵

Pero en Ruanda, alguna señal de reconocimiento de culpa debió producirse en la mente de las masas complacientes cuando, en silencio y sin que mediara consigna, dos millones de *hutus* emprendieron una automática huida hacia el vecino Zaire. Los movía, naturalmente, el miedo a las represalias del Frente Patriótico Ruandés que el 4 de julio entró por fin en la capital, Kigali. Pero los que huían no eran sólo los asesinos materiales, sino el 30% de la población del país, es decir una masa que asumía implícitamente su culpa y temía al castigo.

En el contexto africano el genocidio ruandés impactó como un mazazo, resucitando el viejo demonio del “África no tiene solución”. Intelectuales y humanistas del continente que llevaban años enfocando su lente hacia el sur, fascinados por el modo en que Mandela estaba reinventando el futuro, redescubrían que el infierno seguía en casa: “Si Sudáfrica es nuestra esperanza, Ruanda es nuestra pesadilla” escribía el nigeriano Kole Omotoso. Él, que como muchos otros intelectuales había emprendido lo que llamó “migración al sur”

²⁵ ARENDT, Hanna *Eichmann en Jerusalem*, Lumen, Barcelona, 1999, p. 174.

para ser testigo directo del proceso de reconciliación sudafricano, se encontraba ahora con esto.²⁶

Pero Ruanda iba a deparar alguna sorpresa más. Cuando en Naciones Unidas todo eran cábalas sobre el futuro del diezmado país y de las venganzas que razonablemente vendrían, un rumbo inesperado comenzó a abrirse paso. Los nuevos dueños del poder, el FPR, mayoritariamente *tutsi*, y su jefe Paul Kagame, anunciaron que renunciaban a la venganza, llamaban a la población a un proceso de reflexión sobre lo ocurrido y abrían la puerta a todo tipo de mecanismos que facilitaran la reconciliación. Según resumía Jean-Claude un ex-seminarista *tutsi* sobreviviente: “La venganza no nos sirve. Lo que tenemos que hacer es aprender a vivir juntos otra vez. Mirar al otro no como a un asesino sino como a alguien igualmente víctima de la pobreza, de la miseria Y de la ignorancia, que es el origen de todo.”

¿Cómo era posible que el gobierno, formado en su mayor parte por jóvenes guerrilleros cuando llegó al poder en 1994, optara por la reconciliación cuando acababa de ver asesinadas a sus familias? Aloysea Inyamba, durante años responsable del programa de reconciliación nacional, lo resume: “En su momento tuvimos muchas discusiones sobre el tema. Pero nos pareció que no teníamos alternativa. Si no, habríamos entrado en un ciclo continuo de venganza, la gente seguiría matándose hasta la eternidad.” Aunque reconciliación no es olvido, como siempre ha enfatizado el presidente Kagame, que volvió a insistir en el X aniversario del genocidio: “No queremos que el recuerdo se borre, queremos que esté en la memoria. Ahora y dentro de 50 años.” Ni impunidad: lo que el gobierno ruandés proponía no era amnistiar a asesinos, sino oírlos y juzgarlos. Que reconocieran su culpa y buscaran la clemencia de los damnificados.

En noviembre de 1994 el Consejo de Seguridad de NU resolvió crear un tribunal internacional para Ruanda (TPIR) con sede en Arusha (Tanzania), 14 jueces en esta sede y el fiscal en Kigali. La iniciativa era un desagravio por las omisiones y culpas de la comunidad internacional, su huida de Ruanda en el momento en que todavía las matanzas podrían haberse evitado. El TPIR fue concebido más como un escaparate internacional de advertencia a futuros criminales de guerra que como un sistema eficaz de administrar justicia y se le adjudicó competencia sobre los cuadros dirigentes, es decir varias decenas de personas.²⁷ Pero juzgar al resto resultó ser una carga insuperable para el sistema judicial de Ruanda. Hasta ahora, los tribunales especiales sólo han podido juzgar a menos de un 6% de los detenidos por sospecha de participación y en el año 2002 quedaban 125 mil internos

²⁶ OMOTOSO, Kole *Migración hacia el sur*, Bellaterra, Barcelona, 1998.

²⁷ El historial del Tribunal de Ruanda es desalentador. En 1997, el inspector general de las Naciones Unidas, Karl Paschke, descubrió que había gran derroche e incompetencia en la oficina principal de la administración del Tribunal en Arusha. También mencionó negligencia en la aplicación de los programas por parte de los funcionarios de las Naciones Unidas en Nueva York. Paschke concluyó que el Tribunal era disfuncional en todas las áreas administrativas. Por su parte M. Pillay, juez en Arusha, reconocía en el año 2000 que el TPIR no estaba teniendo el impacto que se deseaba sobre la población de Ruanda, aunque los juicios se transmitían por radio desde Tanzania. *El País*, 15 de octubre de 2000.

en las instalaciones de detención, la inmensa mayoría a la espera de juicio. Según el gobierno ruandés, juzgarlos a todos podría llevar 100 años y el país no podía permitirse mantener en las cárceles a tanta gente. Para determinar el grado de compromiso en la ejecución de la matanza se arbitraron cuatro categorías: la uno, la más grave, incluía a individuos que presuntamente organizaron, instigaron, dirigieron o tuvieron un papel particularmente extremo en la violencia. La dos sería la de los homicidas directos, sus cómplices y los que ejecutaron acciones intencionales que condujeron a la muerte. Los de la categoría dos que no confesaran, enfrentarían encarcelamiento por un máximo de entre 25 años y condena perpetua, si eran condenados. La categoría tres contenía a personas acusadas de otros asaltos serios contra individuos. La cuatro cubría a personas que cometieron crímenes contra la propiedad.

Los de la categoría uno seguirían siendo juzgados por el TPIR pero ¿qué hacer con los de las categorías dos, tres y cuatro? Habría que inventar algo, recurrir a mecanismos flexibles y eficaces que al tiempo que administraran justicia fuesen ágiles.²⁸ Y los ruandeses descubrieron que ese algo ya estaba inventado, estaba en la tradición, en la legendaria “democracia bajo el árbol” africana. Aquí los tribunales populares se conocían tradicionalmente como *Gachacha*, y estaban compuestos por ancianos y notables de las comunidades. Las *Gachachas* siempre habían sido las instancias naturales de resolución de conflictos (*Gachacha* en *kinyarwanda*, lengua local, designa el espacio de hierba en el que se dictaba justicia).

El recurso a la *Gachacha* era un experimento que nacía de la necesidad, una apuesta arriesgada que podía no ser comprendida afuera, como fue el caso de Amnistía Internacional, que objetaba el carácter extrajudicial de estos tribunales,²⁹ pero como respondió el fiscal general de Ruanda, Gerald Gahima, el asunto era que “... los ruandeses comunes participaron masivamente en las matanzas, por tanto juzgar violencias masivas de este tipo no es simplemente un problema de derecho, sino también un problema político.” “La *Gachacha* es una innovación en materia de justicia, nunca antes se ha intentado, y el obje-

²⁸ En su informe a la Asamblea General del 18 de septiembre de 1998 sobre la situación de los derechos humanos en Ruanda, el Secretario General ofrecía una panorámica desalentadora sobre la capacidad de la justicia convencional para resolver el atasco. Había 125 mil personas en las cárceles a la espera de juicio.

²⁹ “A Amnistía Internacional le preocupa el carácter extrajudicial de los tribunales *Gachacha*. Su legislación no incorpora estándares internacionales de un juicio justo. Los acusados que aparecen ante los tribunales no reciben garantías judiciales aplicables que aseguren que el juicio sea justo, aunque algunos podrían confrontar sentencias máximas de condena perpetua. En su mayor parte, los que servirán de magistrados *Gachacha* no poseen antecedentes legales o de derechos humanos. El entrenamiento abreviado que han recibido es terriblemente inadecuado para la tarea, considerando la naturaleza y contexto complicados de los crímenes cometidos durante el genocidio. La implementación de los tribunales *gachacha* también implica inmensos problemas logísticos. Decenas de miles de detenidos tendrán que ser transferidos de las prisiones centrales a sus comunidades locales para las audiencias *Gachacha*. El gobierno ruandés no ha aclarado cómo y bajo qué condiciones se transportará, alojará, alimentará y tratará a los detenidos en el ámbito local. El que el gobierno no haya tratado estos temas podría profundizar las condiciones crueles e inhumanas sufridas por la población carcelaria de Ruanda”. Comunicado del 27 de junio 2002.

tivo es arreglar el problema del alto número de sospechosos que actualmente están en la cárcel por genocidio”, explicaba el presidente Paul Kagame. “Esto también tiene que ver con la reconciliación y estamos ansiosos de comprobar si obtendremos los mejores resultados con la *Gachacha*, en términos de reducción del número de prisioneros, pero también en términos de reconciliación y de perdón”, añadía.

La mayoría de los ruandeses compartía las inquietudes del general Kagame. La *Gachacha* era una verdadera experiencia, en el sentido estricto de la palabra. Parte de la hipótesis de que, confrontados a sus familiares, a sus vecinos y a sus amigos, los genocidas confesarían. Esta experiencia única en términos de crímenes contra la humanidad, preveía que los ruandeses, en un deseo de reconciliación y de catarsis colectiva, dirían la verdad sobre los hechos que se llevaron a cabo durante esos 100 sangrientos días. Toda la población mayor de edad fue invitada a participar en las *Gachacha* como testigos, en su contra o a favor, y también como jueces o parte. En total, 258157 “sabios” fueron elegidos entre la población. En promedio, habría cerca de 11 mil jurisdicciones, con 164 jueces por sector, los cuales durante seis semanas recibieron una capacitación impartida por 780 juristas.

“La operación es enorme y nos enfrentamos a muchos desafíos. El primero concierne a los recursos, humanos y materiales, y el segundo a la logística. Debido a que tendremos jurisdicciones en todos los niveles administrativos, debemos poder coordinar, supervisar y dar seguimiento a todas estas jurisdicciones. Necesitamos vehículos para el traslado de los detenidos y de los jueces, necesitamos prever lugares de alojamiento para los prisioneros. Es un problema gigantesco”.³⁰

También se plantearon algunas inquietudes sobre la protección de los testigos, no sólo por su seguridad, sino también por sus vidas después de la *Gachacha*. El caso de las mujeres que fueron violadas, ilustra bien el dilema que plantean estas jurisdicciones populares, ya que las víctimas deberían revelar los maltratos a los que se vieron sometidas, delante de sus vecinos, sus amigos y sus familiares. Frente al riesgo de desviaciones, la Comisión Nacional Ruandesa de Derechos Humanos estaba muy vigilante. “Pusimos en marcha un programa de observación de las jurisdicciones *Gachacha*, tanto en su fase de preparación como en su fase de funcionamiento y también tenemos pensado hacer un seguimiento posterior para ver cómo se aplicarán las sentencias”, confía Gasana Ndobu, presidente de la Comisión. “Hay riesgos de desviaciones como en cualquier empresa nueva de esta magnitud: el primero es sobre la eventual incompetencia de los jueces, puesto que no se trata de profesionales del derecho, aunque hayan recibido capacitación; en cuanto a la protección de las personas, se tomaron medidas serias”, precisa Ndobu. También

³⁰ Testimonio de Aloysie Cyanzayire, vicepresidenta de la Suprema Corte y a cargo del Departamento de las *Gachacha*.

había otro problema serio, el de la verdad: “la *Gachacha* se basa en la idea de que la gente va a decir la verdad, pero si no lo hacen entonces será un fracaso”.³¹

Un epílogo desde la cárcel de Rilima

¿Con que ánimo comparecerán los acusados ante las *Gachachas*? ¿Lograrán hacer creíble su arrepentimiento? Esa es la clave.

Jean Hatzfeld, corresponsal de Liberation, consiguió autorización del gobierno ruandés en 2002 para entrar en la cárcel de Rilima, cerca de Nyamatta, epicentro del genocidio *tutsi*, y entrevistar a una decena de los verdugos de aquella masacre. Pertenecían a la comuna de Nyamata y todos llevaban más de siete años en esta cárcel infame. Sus confesiones las ha recogido Hatzfeld en un libro, cuando menos, perturbador: *Una temporada de machetes*.³² Todos confiesan llevar una vida desdichada desde el genocidio y la mayoría experimenta, durante la noche, el infierno de sus pesadillas. Muchos se muestran corroídos por el remordimiento.

Confrontados sobre lo que esperan del futuro hablan así:

Elie: Me he denunciado y les he contado mi culpa a las familias de las personas a las que maté. Cuando salga, les llevaré regalos, cosas de comer y de beber. Luego seguiré llevando una vida corriente, pero esta vez de buena fe. Voy a mirar al vecindario con buenos ojos desde por la mañana temprano. Quiero sembrar mi tierra, o soldar, o aserrar y aceptar con buen ánimo los trabajos eventuales. O hacer de militar si es necesario en situaciones patrióticas o peligrosas, pero sin apuntar ni dispara el fusil. Ya no quiero matar ni siquiera a un salteador de caminos.

Pio: Si la providencia me ayuda a salir de al cárcel voy a volver a mi colina. No le veo nada provechoso a irme a otra comarca para ocultarme a las miradas enfadadas. Una vida con una mancha es mejor que una vida que no sea ya la mía. Si el olvido se muestra clemente se lo agradeceré, voy a juntar paciencia y timidez. De todas formas todo el mundo tiene que acostumbrarse al mal que ha vivido, aunque ese mal se les presente de forma diferente a unos y otros.

Pancrace: A partir de ahora un destrozó muy grande separa a los muertos de los vivos, pero éstos tienen que perseverar en este mundo. Cuando vuelva a la colina les pediré a mis vecinos que vivamos en buena armonía, pediré ayuda al tiempo para que surjan compromisos. Cuando se inicien las tareas agrarias, les propondré ayuda mutua a los vecinos

³¹ GOUJON, Emmanuel “La verdad a prueba. Ruanda, el pueblo juzga a los acusados de genocidio”, en *La Jornada*, México, 21 de julio de 2002.

³² HATZFELD, Jean *Una temporada de machetes*, Anagrama, Barcelona, 2004, pp. 208 y ss.

tutsis. No se si la aceptarán como antes, pero se la ofreceré sin topes para demostrar mis buenas intenciones.

Jean Batiste: Yo me noto más tranquilo desde que comencé a hablar. Sin embargo quiero dejar clara una cosa: ahora hay una brecha en mi vida, no se que les pasará a los demás. Pero sé que la clemencia de la justicia o la compasión de las familias afectadas no podrán cerrarla nunca. A lo mejor ni siquiera podría cerrarse con la resurrección de las víctimas, a lo mejor ni siquiera mi muerte la cierra.

Fulgence: Juzgarnos resulta demasiado difícil, porque lo que hicimos supera la imaginación humana. A quienes no tuvieron nada que ver con esta situación les resulta demasiado difícil juzgarnos. Por ésta razón creo que debemos cultivar la tierra como antes, esta vez con buenos pensamientos, demostrar arrepentimiento y dejar a Dios la tarea demasiado pesada de castigarnos más adelante.

Leopold: Al que le haya tocado la gracia de la penitencia por la sangre vertida, a ese le ha alcanzado la mano de la suerte. Lo mismo pasa con el que acepta hablar sin temor a que lo puedan castigar más, el que cuenta a los vecinos lo que hizo con el machete. Pero si sigue llevando la mentira cargada a la espalda con la esperanza de esquivar los castigos y los reproches, entonces se verá rechazado a mayor distancia aún de su casa.

Adalbert: Cuando vuelva a Kibungo me ocuparé de mis campos y de mi familia. Las matanzas y la cárcel me han hecho envejecer y me han vuelto más moderado. No sé como irán las cosas con los supervivientes. Hay gente en Kibungo que podrá comprenderme, pero sólo los que agarraron un machete, como yo. A los *tutsis* les será imposible entender, a ellos no se les puede pedir que compartan con el pensamiento lo que hicimos. Creo que su pena rechazará cualquier tipo de explicación. A lo mejor la paciencia y el olvido ganan la partida. O a lo mejor no.

Murcia, abril de 2005